

INTRODUCCION A UNA FILOSOFIA SUDAMERICANA

por
ARMANDO RÓA R.

Los pueblos sudamericanos están vueltos hacia la materia y comprender su historia es penetrar al obscuro proceso interior material. La materia se expresa por reducidos elementos a diferencia del espíritu, que dispone del amplio mundo de las ideas. Coger los pequeños cambios de matices, las discretas modificaciones en lo aparentemente igual, es tener intuición directa del concreto, más propia del arte que del pensamiento puro. Por eso esta historia es incomprendible desde el espíritu, aun para nuestros propios investigadores, interesados siempre en descubrir estructuras formales en la malla de los hechos.

La actitud del europeo es antagónica a la nuestra. El ve un mundo inteligible, adecuado al conocimiento y posible de modificar al infinito. La materia de ese mundo es plástica al espíritu y el conocer un antecedente necesario del obrar. El acto se expresa en ideas y creación material. Es posible entonces descubrirlo a partir de la idea o del hecho visible, sobre todo, de la idea, por cuanto el hecho es siempre una aproximación a ella.

La historia se realiza dentro de nuestra esencia. Coger el acto esencial es dar razón de todo un mundo de creaciones objetivas. Pero el acto no se hace consciente en sí mismo; lo presentimos por el cambio de dirección o de profundidad de nuestra actitud cósmica. Tener conciencia es saberse existente: "Yo soy un algo". La conciencia es incapaz de iluminar

cambios que no alteran la posición ante la nada. El acto se suma a la esencia, porque ella lo ha engendrado para sí. Los principios esenciales son eternos; espíritu y materia se dan y es imposible trascender sus límites, pero la historicidad surge de la unión substancial. La materia dispone de infinitas energías, necesarias a la explicitación de las perfecciones del espíritu. Los pueblos se diferencian por el modo y grado de esta penetración. Acto esencial es la asimilación por el espíritu de nuevas fuerzas materiales.

El conocimiento varía con la densidad de la esencia, pues, todo conocimiento es identidad de cognoscente y conocido dentro de sus respectivas estructuras, y varía en la medida que el hombre en grado "eminenter" contiene más hondamente el mundo objetivo. Así cualquier acto esencial se revela por el diferente modo de sentir y conocer. Este camino indirecto sigue el historiador para descubrir la naturaleza de una época.

ESTRUCTURA ONTOLOGICA DEL SUDAMERICANO

El sudamericano ve en el ser el elemento material: duro, hostil impenetrable; resbala en su superficie. En las cosas coge lo común, dejando en penumbra el principio diferencial. Ese elemento siempre idéntico se manifiesta en una multitud anárquica de accidentes, unidos por extensión y forma. La materia es infinitamente rica, pero se oculta, es refractaria a la idea. Su movimiento interior circular va de lo mismo a lo mismo. Los accidentes son destellos fugaces; nos hacen adivinar estadios diferentes; pero estos estadios representan grados de equilibrio en lo igual, polarizaciones dentro de un círculo.

La materia se impone como un hecho en torno al cual debemos orientar nuestro destino. Nos aprisiona tanto más angustiosamente, cuanto que su dinámica es ajena a nuestro poder. Cada ser acaba en los límites de su extensión; la materia no puede trascender más allá de su espacio. El poder hombre es el del espacio que abarca. Desconociendo el espíritu, substancia simple y autónoma, capaz de penetrar a todas las cosas y de identificarse con todas las esencias, reduce el dominio cósmico un dominio espacial. El espacio para el sudamericano es un absoluto. Sus grandes querellas y heroísmo han sido por conquistas espaciales.

La vida le parece accidental a la materia. No conoce la alegría de la creación; siente un ritmo de muerte. Pocos pueblos han esperado con tanta naturalidad su propio acabamiento, y en verdad la vida es ajena a la materia en cuanto tal. No se ha encontrado; no valoriza su yo. Valorizarlo es intuirlo con plasmación individual, con riquezas propias y distinto a los demás seres y hombres. El americano ve lo material fragmentado en objetos, pero ignora la razón última. No ve la causa de que lo idéntico origine multiplicidad. La muerte vuelta a la materia pura la siente como fatalidad lógica. Para revelarse contra el absurdo de la muerte, es preciso tener conciencia de la individuación. El fin de las culturas es encontrarla y vencer la muerte. Al decir de Nietzsche, las mayores creaciones de Grecia son productos del antagonismo entre la persona y el todo.

Pero el americano no ha gestado aún una cultura. Entendamos por tal, una ordenación jerárquica del cosmos, en relación a nuestro destino; en

cambio, ve cosas iguales —accidentalmente diferentes— donde no cabe jerarquías. Tampoco el hombre se ha constituido en el centro; el espíritu queda fuera de sus síntesis.

Tener conciencia es triunfar de la nada; no tenerla es como no existir. Desde un punto de vista racional puro, es absurdo un ser inconsciente; por eso los pueblos primitivos dan vida a la naturaleza entera y Hegel, simbolizando el anhelo de Europa, dice: "todo lo real es racional y todo lo racional es real". Sin embargo, la conciencia no es idéntica al ser; sólo los animales y el hombre la poseen. Aparece cuando el principio unitario vence la disgregación material. En los minerales esta disgregación permite a cada parte existir con autonomía, conservando su esencia; en los animales superiores y en el hombre las partes están asumidas de tal modo, que independientes, pierden su propia naturaleza. La esencia de los seres inferiores no depende directamente de la extensión; los superiores exigen extensión y forma previa. La conciencia aumenta en profundidad con la valoración unitaria de la extensión. El hombre es el ser que sabe de sí y de la nada. Sabiduría de la nada es el abismo que lo separa de todo viviente; es también el fundamento de la cultura. Comprender cada cosa es delimitarla de la nada; darle valor es descubrir su grado de ser.

El sudamericano relaciona la conciencia con la cantidad. Sabe que una piedra es indiferente a cualquier cantidad, pero no el hombre. Ignorando la estructura íntima de la materia, no intuye el valor real de la extensión ni la causa de esa vinculación a la esencia. Se limita a inducir un hecho; valoriza entonces la cantidad como origen de toda actividad psíquica; vale lo que se palpa; no comprende al espíritu inextenso de los europeos; tiene una imagen táctil del mundo.

El hombre puede perder su conciencia, pero mientras permanezcan las mismas proporciones en su extensión, está dado el fundamento y no hay cambio de estado. Los aborígenes momificaban sus cadáveres en posición activa, sentados, por ejemplo, indicando que la condición primaria de la vida estaba en ellos, y los araucanos los substituían por una ruda escultura en madera, que reproducía la extensión, pero no los rasgos personales. Ese doble era también condición de supervivencia. La razón de estas momificaciones es pues otra que la egipcia; éstos, individualizaban el alma en los rasgos únicos e incomparables de cada cuerpo; veían en la materia estructurada en orden a las exigencias espirituales, la fuente de toda energía; perdida esa estructura, el espíritu, sin fuerzas para intentar otra, se aniquilaba.

El sudamericano actual siente la muerte por el horror a la descomposición cadavérica; pero la pérdida misma de la vida le es un descanso. En realidad, está ausente de la nada; su conciencia sólo verifica presencia de materia; es cierto que las plasmaciones fenoménicas de esa materia están siempre en camino a la muerte; pero la muerte es la vuelta al seno de eternamente igual. "Como cenizas, como mares poblándose, en la sumergida lentitud de lo informe" (P. Neruda).

Todo ser, para el americano, es impenetrable dentro de sus límites; no se puede influir en su dinámica. Por eso afirma la libertad de la materia. El europeo fundamenta la libertad en el poder del espíritu, de conocer esencias. Lastarria rechaza la teoría Providencialista de la historia

de Herder, por la materialidad del hombre que hace autónomos y libres sus propios designios; además, no cabe influencias entre seres de idéntica estructura. Esta libertad está siempre indeterminada en el fondo del ser; ajena a toda ley, sólo se mueve en busca del bien por impulsos bruscos y arbitrarios: "la gana" de Keyserling. La libertad exige columbrar la riqueza ontológica a través del pensamiento; a la inversa en Sudamérica, las esencias son incognoscibles. Es así una facultad oscura y anárquica. La libertad para don Segundo Sombra es moverse sin obstáculos en el espacio infinito.

El sudamericano acepta absolutamente la existencia del mundo. Es ajeno a querellas epistemológicas europeas. Sus pensadores han planteado a veces la teoría del conocimiento, sin originalidad y por afán imitativo. Conocer es para él delimitar morfologías. Cada objeto se expresa en un conjunto acabado de accidentes; comprende que alguna razón debe tener la materia para darse en tal o cual forma, por cuanto varía al infinito en sus diferentes concretizaciones, pero la considera incognoscible. No encontrando el principio esencial, debe agotar el detalle para englobar la estructura ontológica. Lo tentarán, la geografía, la botánica, la zoología, la biología y la historia, ciencias que toman el objeto tal como se da. En historia será siempre cronista, testificando existencia de hechos, sin descubrir relación auténtica. El mejor científico chileno de la Colonia fué un naturalista, el Abate Molina y nuestro más genial pensador, un teólogo de la historia, el P. Manuel Lacunza. Los demás escritores, incluso Ovalle, fueron eminentemente descriptivos.

Tampoco intuye el americano la extensión abstraída de su materia. Reconoce en una proporción determinada de las partes una esencia, pero ve con tal fuerza la exigencia material de esa proporción que es incapaz de manejarla aislada; en su pensamiento el número es factor arbitrario de clasificación u ordenación, sin esencia real. Reducir la naturaleza a ecuaciones matemáticas es destruirla.

El sudamericano no ha conceptualizado su actitud metafísica; es posible, sin embargo, descubrir algunos balbucesos. En todos, la existencia se da como valor absoluto y su constitutivo ontológico es cierta materia indiferenciada fragmentada en individuos. Para el europeo existir es poner una esencia fuera de la nada; ignorando la nada el americano no necesita justificarla. Su problema más hondo es la formación de seres diferentes en lo idéntico; cuando lo explica, recurre a ambigüedades: polarizaciones de fuerzas, divergencia de orientación, disposición alterna de los elementos, polimorfismo primario de la materia, etc. En verdad aquí topa con su primer misterio: "de qué está hecho ese surgir de palomas que hay entre la noche y el tiempo, como una gran barranca húmeda" (Neruda). Para Vasconcelos, todo dinamismo acaba en lo indiferente; lo primitivo y lo perfecto es existencia cerrada homogénea. Creación y muerte son condensación y dispersión de lo homogéneo.

Por no intuir esencias no engendra ideas ni arte propio. La Idea es esencia existiendo intencionalmente en el espíritu. La materia no se da nunca pura; primer ser opuesto a la nada y a infinita distancia, es un haz caótico de fuerzas. No puede existir en cuanto tal porque esas fuerzas orientadas contradictoriamente se aniquilarán entre sí. Exige un prin-

cipio que asuma algunas y apague otras; será tanto más perfecto cuanto mejor y en direcciones más opuestas lo haga. Espíritu es el principio con potencia para agotar la materia.

Coger esos principios —ideas— es descubrir el modo de dominar e imponer un ritmo intrínseco a la naturaleza. Crear es injertar en la materia el principio adecuado a su transformación. La materia de suyo es irracional, no se da en conceptos. Sólo es racional lo que es, y la materia es un puro caos; la racionalidad se da en la misma medida de la posibilidad de existencia. El americano vislumbra la riqueza, indiferencia e irracionalidad de la materia, su ilusión es creerla existente como tal y su misterio valorar en igual grado esa materia y sus plasmaciones accidentales.

Nuestro destino es intuir los principios informantes del ser a través de la materia; tendremos cultura cuando descubramos la función precisa de la materia en el mundo y su valor en la esflorescencia integral de las realidades del espíritu.

El europeo mira siempre al espíritu y sus formas inteligibles; coge la materia indirectamente y en función de éstas; posee las entelequias y su dinamismo, pero ignora su razón profunda; ve el ser primariamente bajo el ángulo de la eternidad. Kant hizo puramente subjetivo al Tiempo, y para Platón es la imagen móvil de lo eterno. La historicidad del europeo surge más bien de su conciencia de la plasticidad de la materia. Siente la historia como proceso y la reduce a fórmulas, que si no la cogen, la penetran y la dirigen, y la siente así por intuir el tiempo en función de la eternidad. Cogida y valorada racionalmente la eternidad, el tiempo pierde su fatalismo —del pasado al futuro; de la nada a la nada— y se hace recuperable. El europeo historializa al operar sobre esencias, revelando en sucesión lo eterno. El oriental vive el tiempo, pero separado de la eternidad; ve la esencia del mundo como tiempo puro; su Dios es irracional e incognoscible; ante una esencia así, sólo cabe resignarse o libertarse en la nada.

Historia es el tiempo hecho eternidad. Histórico es lo que perdura a través de todos los momentos. Lo definitivamente ido, el pasado puro, no es histórico, es la nada. Los Diálogos de Platón, las Epístolas de San Pablo o las Cruzadas, son históricos en cuanto siguen influyendo en la creación de nuestro propio tiempo. Los seres materiales engendran un tiempo roto, fragmentado; el poder del espíritu es transformarlo en historia, al recuperarlo para la eternidad.

El tiempo es la imposibilidad del espíritu para existencializar en la unidad las fuerzas contradictorias de la materia; lo hacen en sucesión objetivando fuera de sí, en creaciones metafísicas, artísticas o éticas lo ya realizado. Por recuperar el tiempo allende la esencia, es que la historia es una angustia de acabarse nunca lograda.

El europeo dinamiza al reducir a símbolos el misterio del origen del tiempo, aun cuando a veces esos símbolos sean ambivalentes como en la concepción actual de la materia física: ondas y corpúsculos. Al ignorar la materia en sí, ve en el tiempo un proceso universal idéntico; su imagen más exacta la da el cálculo infinitesimal; no comprende un ritmo diverso en razas, pueblos y culturas.

El americano asiste desde fuera al origen del tiempo; vuelto siempre

a la materia, es ajeno a lo sucesivo. Aun cuando el tiempo surge de la materia, por el esfuerzo del principio informante para agotar sus riquezas, es imperceptible en la materia pura. El sudamericano salta de un estado a otro, siempre en un presente imprevisible; todo se mueve dentro de lo mismo, movimiento no dinámico; dinamismo es una fuerza que impulsa al ser a su acabamiento desde su esencia. Concibe su destino por detrás de lo histórico sin valor ontológico de conquistas. Ve en el tiempo actitudes de la materia, pero no a ella misma.

Opera en la soledad y siempre en actitud defensiva; limitado en su existencia y cerrado en su naturaleza, su operación fundamental es salvarse, destruyendo en busca de espacio o bien clasificando y ordenando. No valorizado como persona, lucha corporalmente con el mundo. La libertad siempre indeterminada no lo inclina a realizar; los cambios se le imponen desde fuera.

Sólo en el amor a la mujer logra trascender al interior de otra existencia, pero no siente lo amado como cumplimiento de su unidad esencial. Ajeno a los valores absolutos de la mujer, ve en ella un hombre biológicamente inferior. En verdad, viviendo siempre en la equivocidad de lo concreto y valorando el vestir con elegancia, el verbalismo hueco, el juzgarse la vida por motivos insignificantes, es esencialmente femenino. Cuando no se impone en un acto inútil de violencia, es dominado por ella.

La historia sudamericana es una serie disgregada e inorgánica de sucesos. Está siempre en actitud de vivir en lo positivo al ver fundamentalmente la materia eterna; pero es ahistórico al permanecer fuera del origen esencial del tiempo. Sus historiadores han sido siempre cronistas; ahora han querido hacer filosofía a base de Marx, Scheller o Spengler, adaptando arbitrariamente nuestro acto histórico a estructuras europeas antagónicas.

Es curioso el interés novelístico del sudamericano; sin embargo, sus personajes son interiormente oscuros. Movidos por el sexo, el espacio o la riqueza —Blest Gana, Güiraldes, Rivera— viven ajenos al espíritu. La novela coincide con la máxima valoración de la persona en la cima de las culturas; debe coger lo inefable dentro del absoluto de cada individuo, es el misterio de su belleza. A diferencia de la poesía, música y pintura que crean en los infinitos grados analógicos del ser, la novela nace de la esencia humana existente. En los diferentes países de Europa aparece en la postrer etapa de sus culturas; en América, tentados por sus posibilidades descriptivas, hemos pretendido crearla antes de realizarnos como personas.

El estar siempre ante la materia lleva al sudamericano a amar en todo la civilización. Es notable el progreso material de los primitivos aborígenes —organización social carreteras, alfarería, arquitectura maya— en contraste con la pobreza de sus creaciones espirituales puras. Durante la era Colombina, se observa igual fenómeno. Sarmiento considera superior Estados Unidos a Francia, porque hay mayor confort, y ve en el progreso técnico el fin de la Cultura.

Esta angustia civilizadora impulsa a imitar las ideas de Europa en cuanto las observa con fuerza para imponer el dominio material. Es veraz todo principio civilizador. Cuando España pierde esa importancia, el criollo sentirá falsa e intolerable su hegemonía. Exige libertad para adherir

a Francia e Inglaterra en posesión, entonces, de la dialéctica del progreso. Los patriotas de 1810 invocan a Rousseau, y no es justo suponer que iban a la guerra movidos por una filosofía incomprensible para quien no ha vivido la línea nacida en Descartes y Spinoza y las querellas del Cogito.

Durante la República se pretenderá estructurar a base de doctrinas liberales, fascistas o marxistas, todas antagónicas a nuestro modo hondo de sentir el mundo. ¿Qué de común hay entre la ley dialéctica o la teoría del Estado absoluto de Hegel, y el ser homogéneo, cerrado e impenetrable del sudamericano. Esta desarmonía se expresará fenoménicamente en el caudillaje y la entrega a imperialismos extranjeros siempre ávidos de explotar nuestro romanticismo democrático o totalitario.

El modo espontáneo de reacción ante las cosas, es para el sudamericano clasificar y ordenar, de donde la tendencia universal a la jurisprudencia y a la buena organización. El Derecho Civil garantizando ciertos límites cuantitativos y la política como resguardo de esa garantía, lo atraen hondamente. Es curioso el caso de Chile; este país se vió libre del caudillaje en la medida en que con Portales y sus sucesores se limitó a organizar y ordenar sin pretender un destino teórico a la europea. Cuando después del 91 empezó la imitación, ese papel director en un sentido cósmico propio se ha oscurecido en gran parte.

EL DESTINO DE SUDAMERICA

Los sudamericanos han venido al mundo con una actitud diferente a la de todos los demás pueblos. La Historia tiende a acabar la esencia humana en el tiempo desde planos distintos; Sudamérica tiene el suyo, pero no lo ha asimilado; está en la actitud previa a la cultura. El destino de esta cultura será iluminar la estructura ontológica de la materia —lo que no ha conseguido nunca el europeo, menos el oriental— y encontrar el Espíritu a través de sus límites. Esto permitirá explicar, porque siendo inmutable e idéntica la esencia en todos los hombres se dan razas, culturas y sexos distintos. Tal vez será posible entonces, integrándola a la visión europea de las enteleguias, encontrar la ley real del devenir histórico.

Un origen de intuición de la materia se encuentra ya en Pablo Neruda. La poesía coge siempre las visiones más hondas e inefables y se mueve dentro de los límites de posibilidades de un pueblo.

Mientras tanto, nuestro verdadero progreso camina en tinieblas; cuando tenga fuerzas para imponerse a la conciencia en una comprensión orgánica del mundo, cesará la imitación y el sojuzgamiento por culturas extrañas, incorporándolas en su ser auténtico a la nuestra.

Que el sudamericano ha recibido este destino de la Providencia, lo prueba su irreductibilidad a crear en el sentido europeo, aun en el criollo. Los escritores coloniales conservan la forma española, pero han roto desde un principio con España; son cronistas, abogados, naturalistas, brillando en todo por su afán descriptivo, pero han perdido el valor del hombre como persona y la inteligibilidad de las esencias. En el mestizo lo explica la influencia aborígen, pero en el criollo es un misterio. Es po-

sible que hubiesen arraigado españoles irreductibles ya en su patria al sentido hondo de su cultura. Esos elementos estaban dispuestos a seguir cualquier clima más favorable a sus tendencias. Además la colonia coincide ya con la senectud de España y un pueblo agotado en sus fuentes creadoras, vuelve a una indiferencia dispuesta a seguir cualquier destino. La verdad es que a pesar de las diferencias raciales y aun de los diferentes pueblos españoles que vinieron a América, existe una actitud semejante en criollos y mestizos.

Esta actitud sudamericana —actitud significa solamente límite de vivencias posibles— se fragmentará en variadas culturas, de acuerdo, tal vez, a la multiplicidad de conglomerados raciales. Es legítimo separar, desde luego la orientación chilena de las otras en estado aun de indiferencia primitiva.

Un problema fundamental es el origen en lo humano de estas actitudes indelebiles; hablar de la raza o del ambiente es caer en petición de principio. Por ahora nos quedamos en el hecho.

El deber sudamericano es profundizar con amor en su propio destino, tan grande y valioso como el de otros conglomerados históricos. El bien de los pueblos está en realizar humildemente la Voluntad de Dios.

A. R. R.

20-VII-42

